

El calendario nos dice que todavía es el Otoño, que todavía dispersa hojas por los caminos con sus manos de oro y un grave, un profundo olor de melancolías enterradas y flores desvanecidas golpea en las ventanas de las mujeres solas.

Pero esto no es cierto porque el Otoño se evade a prisa de la ciudad y no hay siquiera una hoja que se pose en los cristales del hogar. De vez en cuando, muy de tarde, desparra algunas nubes sangrientas por el cielo y un temblor de frío inclina la cabeza de las flores pertinaces, separando los ojos de las señoritas enamoradas.

Y eso es todo. Eso es todo en la ciudad.

Porque en el campo el Otoño todavía se agarra a los bordes del horizonte, como un niño a una muralla. Tiene aún campos de oro o de bronce, donde azulean algunas uvas y la rojez de las cepas toma de herrumbre al paisaje. Hasta hay castañas que se asan crepitando en hogueras abandonadas en la noche alta del Otoño en fuga, que destapa en las alamedas algunos de sus perfumes violentos y enamorados.

No queda entonces sino pensar en él, imaginarlo siquiera; pero la verdad es que el Calendario nos dijo que llegaba y no lo hemos visto desnudar a los árboles ni atemorizar a los últimos pájaros del cielo. La verdad es que ya se ha ido de la ciudad y tampoco lo hemos visto. Tenemos que imaginarlo, situarlo



DESPEDIDA

en el campo de los recuerdos, determinarlo con algún estanque de aguas muertas, con un cisne que tiene frío, con un banco de mármol que destaca su blancura en algún parque abandonado, donde las yerbas invaden los senderos y el cuidador ha olvidado la llave. Latir de corazones detenidos, roce de besos sepultados, agua de viejas lluvias (cómo no volver hacia atrás el corazón que vacila?

Pero ya es tarde y eso es todo. La vida da vueltas sus molinos en la puerta y las carretas cargadas de granos dorados van rodando hacia el porvenir.

Hay una grata, una aromática paz en la puerta de la casa donde

copian el cielo tranquilo los ojos de la mujer y centella, como una gavilla, la cabeza de la hija. Nada se quiere. Nada se espera. El tiempo detiene sus relojes y el fuego del hogar chisporrotea un poco más fuerte.

Se siente el olor pesado de los membrillos y de los manteles.

En una pipa que no se fuma hace mucho tiempo comienzan a crepitar levemente recuerdos desaparecidos y un olor apacible, olor de rosas secadas entre las páginas de un libro, lo llena todo.

Mientras tanto el Otoño escala los cerros lejanos, olvidando monedas de oro y el Invierno clava en el cielo sus primeras cruces de plata. Y eso es todo.

MANUEL EDUARDO HÜBNER.